
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Los Ortiz Pinchetti

Un libro y un premio

En una misma semana, dos Ortiz Pinchetti han estado más que de costumbre ante la atención pública. José Agustín, que semanalmente escribe en estas páginas, presenta esta mañana, ante un selecto público de librerías, su promisoría obra *La democracia que viene*, un novedoso y sugerente enfoque de nuestra realidad y posibilidades políticas. Y Francisco, el conocido reportero de *Proceso*, recibió el 30 de mayo, con sobra de merecimientos, el Premio Manuel Buendía por su trayectoria periodística. Ambos hermanos, casos humanos notables de suyo, ilustran además cambios significativos de la sociedad mexicana en las dos décadas recientes. ■ 4

1000 pesos

5-JUNIO-1990, -

Su padre es don José Ortiz y Ortiz, cronista taurino y, de antiguo, jefe de redacción de *Jueves de Excelsior*. José Agustín, el mayor de la familia, es abogado, de la Escuela Libre de Derecho. Como su tío Enrico Pinchetti, fue miembro del despacho Hardin, Hess and Suárez, donde completó su formación profesional. Siendo un litigante y un consultor jurídico de éxito, José Agustín Ortiz Pinchetti es mucho más que eso. Por ello enseñó historia del derecho patrio en la Universidad Iberoamericana, donde también se ha ocupado de seminarios sobre derecho corporativo, unas de sus especialidades. Pudo haberse vinculado a *La Jornada* por la sola vía de su pericia legal, como lo hace, pero fue más allá, al convertirse en un original articulista de los domingos, amén de sus incursiones en la literatura, para la que se descubrió dotado al exponerse a la disciplina de los talleres de escritura.

El libro que hoy comienza a circular (preparado junto con Amelia Bianchi) contiene materiales publicados en este diario, pero organizados de suerte que tengan unidad y constituyan unos "ejercicios de imaginación política" que, dice su autor disminuyendo la importancia de su trabajo pero señalando con acierto una característica del mismo, son "una forma de entretenimiento". Puntualiza que "no son propiamente juegos de mesa, pero sí de lectura; se juegan leyéndolos. Se pueden practicar en pareja y hasta en grupo, y de esta manera se vuelven emocionantes". Con esa pretensión

lúdica, Ortiz Pinchetti sugiere:

"Los pronósticos pueden jugarse en la sala; si juega en el piso se sugieren cojines. El ambiente ideal será cualquiera en que su pareja y/o amigos se sientan relajados y no proclives a la reyerta política. Sirva bebidas con prudente abundancia. La música suave apacigua el instinto agresivo y alienta la fantasía. No se recomiendan canciones de protesta. Si logra inventar el futuro político de México,, ese futuro comenzará a existir. *Lo que podemos imaginar lo podemos hacer. Si usted lo logra, habrá ganado en este juego. El autor no se propone otra cosa*".

Para conseguirlo, Ortiz Pinchetti dividió su libro en tres porciones: un pronóstico "de lo que sucederá en México en caso de que se establezca un sistema basado en el sufragio efectivo, y también de lo que acontecerá si se impide el establecimiento de ese sistema". La segunda parte consta de un vasto repertorio de entrevistas (menos de las realizadas al preparar el trabajo) con Carlos Monsiváis, Fernando Estrada Sámano, Jesús González Schmal, Julio Faesler, Lorenzo Meyer, Juan Molinar Horcasitas, Federico Reyes Heróles, Carlos Castillo Peraza, Roger Bartra, Adrián Lajous, Luis Javier Garrido, Jaime González Graf, Gonzalo Martínez Corbalá, Luis Pazos, Héctor Aguilar Camín, Carlos Abedrop, Rodolfo González Guevara, Vicente Leñero, Porfirio Muñoz Ledo, Luis H. Alvarez, Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier. Y la tercera "es un conjunto de esquemas que el lector puede utilizar para inventar el futuro político de

México, en el horizonte de fines de 1994".

Su hermano *Paco* se dedica profesionalmente al periodismo desde que consiguió torcer la voluntad paterna que prefería encaminarlo a otros rumbos, pero finalmente contribuyó a su incorporación a la casa *Excelsior*. Antes de los veinte años, *Paco* era ya, como su padre, cronista de toros, y actuaba como jefe de información de la *Revista de revistas* dirigida por Vicente Leñero en 1976, cuando salió de aquella cooperativa. Desde entonces ha trabajado en *Proceso*, donde ha crecido hasta ser uno de los más envidiables reporteros de esa publicación. Ha merecido el premio de periodismo *Rogelio Cantú*, instituido por el diario regiomontano *El Porvenir* (por sus reportajes sobre las elecciones en Chihuahua, en 1986) ahora el *Manuel Buendía*, otorgado por treinta universidades mexicanas.

Al recibirlo, en Saltillo, el miércoles anterior —junto con Francisco Huerta, el perseverante comunicador radiofónico— hizo un elogio del oficio de reportero, el "más hermoso del mundo"; hizo notar "la falta de reporteros orgullosos de serlo, bien preparados, capaces de cumplir esa simple pero insustituible tarea de retratar la realidad de un pueblo sediento de justicia; capaces de escudriñar en la realidad mexicana donde lamentablemente la democracia sigue siendo un anhelo inalcanzado y la simulación una manera de ser nacional"; y compartió el galardón "con quienes, a veces desde el anonimato, entregan cotidianamente su amor y su talento a esta

profesión incomparable".

Recién llegado de un viaje que lo llevó a Perú, en las elecciones presidenciales que culminarán el próximo domingo; y a Managua, para la asunción al poder de doña Violeta Chamorro, Ortiz Pinchetti se ha fabricado un estilo en que las buenas maneras literarias no sirven de pretexto para disimular la falta de información. Prosa enérgica y dato puntual, es la fórmula que aplica en su tarea: encontrar qué decir y decirlo del mejor modo (no por sutileza o disimulo, naturalmente, sino por eficacia) pareciera ser su divisa. He aquí unas líneas, a modo de ejemplo, de su reportaje inmediatamente posterior a las elecciones de Chihuahua, hace cuatro años:

"Los estrategas de la Secretaría de Gobernación que diseñaron el sofisticado operativo para evitar a como diera lugar un triunfo de la oposición en esta entidad, no tomaron en cuenta que Bartolo Olivas Loya, un pobre ladrillero, largo y enjuto, de 70 años de edad, es ante todo un hombre digno.

"Cuando Bartolo Olivas Loya —luidas sus ropas, polvosos sus zapatos, desteñida su cachucha de beisbolista— acudió a votar, a las 8:15 de la mañana del domingo 6 de julio, descubrió que las urnas estaban repletas. En un instante pasó de la incredulidad a la indignación. Y dio la voz de alarma". Educados por los jesuitas para conseguir un convencional sitio privilegiado en la pirámide social, José Agustín y Francisco Ortiz Pinchetti rehusaron ser troquelados en molde común y eligieron su propio, irrenunciabile talante vital.